

## De traducciones e intercambios culturales y literarios

### *Mother Tongue*

JUAN FERNANDO HINCAPIÉ  
Rey Naranjo, Bogotá, 2018, 141 pp.

SE CONOCE con el nombre de literatura exofónica aquella escrita por autores en una lengua diferente a su lengua materna. Quizás los ejemplos más memorables de autores de este tipo de literatura son Conrad y Nabokov. El primero, originalmente polaco, comenzó a trabajar en flotas mercantes a la edad de 17 años, en Francia y después en Gran Bretaña, durante quince años en los que recorrió las colonias de este imperio en África. El segundo, Nabokov, ruso y de origen aristocrático, se educó en Cambridge, vivió mucho tiempo en Berlín y trabajó por veinte años en Estados Unidos como profesor en diferentes universidades. En los últimos tiempos, este fenómeno de emigración literaria ha capturado a escritores latinoamericanos como Junot Díaz, quien nació en República Dominicana pero emigró a Estados Unidos a los trece años, y publicó toda su obra en inglés convirtiéndose en el primer escritor latino en ganar el Premio Pulitzer con su novela *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*.

Un ejemplo más reciente y cercano de este fenómeno es la nueva novela del escritor colombiano Juan Fernando Hincapié, *Mother Tongue*, una obra que desde el comienzo es consciente de ser un artefacto narrativo y tematiza el movimiento lingüístico y geográfico con el cual se produce la literatura exofónica. Narrada por Enrique Márquez Pinto, su protagonista, cuenta la historia de un estudiante de escrituras creativas en Texas que después de un par de años de vivir en los Estados Unidos decide volver a Colombia, donde ahora se reconoce como un extranjero en una cultura que analiza con familiaridad e ironía, y donde debe partir de cero. Así que encuentra un trabajo mal remunerado en una universidad y vive arrimado en casa de su padre. A través de este narrador, la novela dialoga con el lector

y pone sobre la mesa las diferentes elecciones creativas que en ella se dan:

I'm gonna keep Spanish to a minimum in this novella, I think I have so far, if you don't mind the necessary word here or there. (p. 42)

(En esta novela voy a mantener el español a lo más mínimo, creo que lo he hecho hasta ahora, si no les importa que use alguna palabra necesaria aquí o allí.)

Con esta conciencia lingüística también se genera otra conciencia, la de autor chicano latino, algo exacerbado por el hecho de que si bien Márquez Pinto es colombiano, los gringos generalmente lo identifican como mexicano.

Y es apelando al humor que la “novella” de Hincapié intenta hacer frente a los estereotipos que le son impuestos, a la vez que cae en otros. Una de las críticas que se le ha hecho a Junot Díaz es que sus personajes masculinos perpetúan el estereotipo del latino machista, infiel y lujurioso. Sin embargo, si Díaz usa este estereotipo es para cuestionar un machismo presente en diferentes sociedades, no solamente en la latina, al tiempo que construye personajes femeninos sólidos. En sus historias las mujeres se enfrentan a la opresión de su entorno, e incluso cuando sufren la violencia de esta sociedad machista toman fuerzas y vuelven a levantarse. Partiendo de este referente, Hincapié vuelve también a esta figura del *latin lover*. Enrique Márquez Pinto es aquel *womanizer* que arruina su relación con la novia, con quien vivía en Houston, por tener un romance con una colega de la maestría. Ya en Colombia, sin importar que ahora tenga que vivir en el apartamento de su padre, todavía tiene romances casuales con profesoras y estudiantes de enfermería de la universidad en la que termina trabajando como profesor de español y redacción.

El narrador de esta novela en algún instante descarga su ira en el entorno en que vive, y se pregunta:

I'm sick of the rich kid novel, I'm sick of the rich kid observations, I'm sick of the rich kid production. It's either that or its opposite: the misery: shitty novel after shitty novel about violence, drug trafficking, poverty, kidnapping... Is that all we got? (p. 103)

(Estoy harto de las novelas de niños ricos, estoy harto de las observaciones de niños ricos, estoy harto de las obras de niños ricos. Es esto o lo opuesto: la miseria, una novela de mierda tras otra novela de mierda sobre violencia, tráfico de drogas, pobreza, secuestros... ¿Es todo lo que tenemos?)

Con observaciones como esta y empleando el estereotipo del macho latino, pareciera que Hincapié se estuviera encaminando a una crítica, que estuviera proponiendo una alternativa. Pero la “novella” parece quedarse en las observaciones de un niño de clase media alta que estudió una maestría en Texas, y para quien volver a Colombia es perder la independencia que creía tener en Estados Unidos. Autocomplaciente en su carácter burgués (*spoiler alert*), esta historia se cree resuelta con un matrimonio, como en cualquier telenovela, un género que se encuentra en el imaginario de una buena parte de la población latina, incluida aquella que se encuentra en territorio norteamericano. Y no se trata simplemente de los melodramas producidos en Miami por Telemundo, que podemos ver en Colombia. Un caricaturista como Gilbert Hernández emplea esta estética para narrar las historias complejas y por ello demasiado humanas de su imaginario pueblo de Palomar. Sin embargo, con *Mother Tongue* lo que tenemos es el sueño americano ahora en clave de romance chicano latino, el bogotano con conflictos de identidad que encuentra su redención y parece dejar su pasado como seductor en suelo estadounidense.

Al dirigirse principalmente a un público que reside entre las fronteras estadounidenses (“I've been a Spanish instructor for some time now in your mediocre educational system” / “He sido por algún tiempo profesor de español en su mediocre sistema educativo”, p. 11), las observaciones que Márquez Pinto hace de la sociedad colombiana tienen que pasar por el constante filtro de la traducción. Por ello se ve obligado a realizar agotadoras descripciones del partido Colombia-Alemania en el Mundial del 90, para tratar de transmitir la emoción a un público que seguramente prefiere el

fútbol americano; o a explicar por qué razón un nombre en inglés como Jaime se convierte en español en Yeimmy, el nombre de una de las alumnas de la universidad con las que termina acostándose. Por ello, es necesario también incluir notas a pie de página que iluminan estos aspectos culturales a la vez que hacen “la novella” más consciente de su carácter literario.

Para explicar dentro de la narrativa uno de los epígrafes, proveniente de un texto de Eduardo Caballero Calderón, el narrador dice: “Thanks a lot: thanks for reading, thanks for buying the book, thanks, thanks, thanks” / “Muchas gracias: gracias por leer, gracias por comprar el libro, gracias, gracias, gracias” (p. 111).

Si el archilector de esta “novella”, aquel lector ideal, es alguien que reside en Estados Unidos y cuyos referentes culturales provienen en su mayoría de esta sociedad, tanto en su contenido como en su diseño *Mother Tongue* se esfuerza por ser familiar y cercano para él. La portada apela con su diseño gráfico a las estéticas editoriales norteamericanas; también añade el subtítulo de *A Bogotan Story*, tal como se acostumbra en aquella industria editorial que gusta de hacer evidente lo obvio al imprimir en las portadas de las novelas el rótulo de “A Novel”. Además, portada y contraportada contienen los *blurbs*, o frases promocionales, de reconocidos autores colombianos y chicanos/latinos. Sin embargo, las contradicciones del contenido se ven desde el mismo diseño. Es convención de los libros norteamericanos imprimir el título en el lomo de manera que, al leerlo, la portada quede arriba; pero, como en los libros colombianos e hispanos en general, *Mother Tongue* tiene impreso su título de manera que es la contraportada la que queda arriba al leerlo.

Igualmente, Márquez Pinto puede hablar en inglés de su experiencia como inmigrante en Estados Unidos, puede renegar de los niños ricos y dedicar su novela a varias mujeres reales y ficticias, pero no por ello deja de ser un chico bogotano esnob y machista. El inglés en esta novela es correcto, pese a que está atravesado por alguna grosería aquí o allá; pero no deja de ser un acto de ventriloquía, un intento de apelar y asemejarse más

a un lector angloparlante que a uno hispanoparlante. Sus críticas a la sociedad norteamericana son escasas y superficiales, mientras que toda su ironía y mordacidad se centran en la sociedad bogotana y las mujeres. Se podría decir que este machismo —e incluso clasismo— del personaje también es una postura, como si posando de machista se condenara el machismo. Pero las mujeres en esta novela no pasan de ser personajes planos, simples objetos de burla, que al final terminan rindiéndose a unos encantos del protagonista que, para mí como lector, no fueron evidentes. Así, el drama que para Márquez Pinto es vivir en Bogotá no genera realmente ningún tipo de simpatía o sonrisa.

**Cristian Soler**